

curso seguro en todas las necesidades del

lius Dei Jesus, sicut Matrem assumpsit in caelum corpore et anima gloriosam, sic etiam, in die resurrectionis suæ, Sanctissimum Josephum. Estas palabras tan precisas fueron dichas en Padua ante un concurso numeroso, y lo que hay de mas notable es, que en el momento en que las pronunciaba se creyó ver sobre su cabeza una brillante cruz de oro que ratificaba con esa aparicion maravillosa lo que decia de la resurreccion de san José.

CAPÍTULO XII.

Motivo duodécimo; san José es protector de los agonizantes, y patron de la buena muerte.

Si los ejemplos hasta aquí referidos no hubiesen sido demasiado poderosos para determinar al lector, cualquiera que sea, á elegir á san José por su protector especial, ved aquí un nuevo motivo que, segun lo esperamos, le pondrá en la necesidad de hacer esa eleccion. Como no hay una persona que no deba morir un dia, así tambien nadie debe dejar de acudir á aquel que tiene poder para ayudar á sus clientes á morir bien. Un litigante empeñado en un negocio en el que se trata

ó de ganarlo todo, ó de todo perderlo, busca al abogado mas hábil y mas dispuesto á favorecerle; y solo á él confia un proceso de cuyo éxito depende su vida ó su muerte. Pues bien, todo cristiano en artículo de muerte toca á la decision de un terrible proceso; la rabia de los demonios, la memoria de los pecados cometidos, la incertidumbre del estado presente, los terrores del porvenir, se adunan para disputarle sus derechos á la herencia del cielo, y le amenazan con el máximo mal, que es el infierno. ¿No podrá, pues, en este instante crítico buscar alguno de los Santos que quiera defender bien su causa, y que pueda ganarla en ese temible tribunal en que no hay apelacion para el que tiene la desgracia de ser condenado? Y ¿qué Santo sabrá defendernos mejor que san José? Todo el mundo le reconoce por abogado de los agonizantes y patron de la buena muerte. Por esto es que cási por todo el mundo se han establecido congregaciones y levantado altares á su nombre; y por esto tambien en tantas partes se venera y celebra la fiesta de su bienaventurado tránsito.

Entre los motivos que nos obligan á reco-

nocer de preferencia á san José por abogado de los moribundos, tres son los que pueden considerarse como principales: 1.º José es padre de nuestro Juez, de quien los otros Santos solo son amigos. 2.º Su poder es mas formidable á los demonios. 3.º Su muerte es la mas privilegiada y la mas dulce que ha habido jamás.

En primer lugar, José es padre de aquel que debe pronunciar nuestra sentencia. Moisés, por su vocacion, solo era el jefe y conductor del pueblo de Israel, y sin embargo con respecto á Dios mismo usa de tanta autoridad, que si le ruega en favor de ese pueblo rebelde y casi incorregible, parece que su ruego se convierte en mandato que liga las manos á su divina Majestad, y le reduce á la impotencia de castigar á los culpables, hasta que el mismo Moisés le deja en libertad. (*Exod. xiii*). ¡Cuánta mas fuerza para ligar las manos del soberano Juez no tendréis Vos, ó gran Patriarca, que fuísteis llamado á la sublime dignidad de guia, de guarda, de nutricio y de padre del que ha de juzgar á los vivos y á los muertos! Figurémonos á José que, para socorrer á uno de sus devotos

siervos en peligro de muerte, se presenta al tribunal de Jesucristo, y le dirige esta súplica: «¡ Ah! por respeto á mí tened piedad de este pecador moribundo: ayúdadle con una gracia poderosa; concededle que en estos últimos momentos haga un acto de verdadera contrición. Yo os pido esta gracia, ó soberano Juez, por el dulce nombre de padre con que tantas veces me habeis honrado; por estos brazos y estas manos que os recibieron y abrigaron al momento de vuestro nacimiento, y os transportaron al Egipto para salvaros del furor de Herodes; yo os lo suplico por esos ojos cuyas lágrimas enjugué; por esa sangre que yo recogí el día de la circuncision; por los trabajos y fatigas á que yo me consagré para sostener vuestra infancia.» ¿Podrá Jesucristo resistir á súplicas tan apremiantes? No ciertamente; ellas serán otras tantas cadenas que aten las manos de Jesús, y no le permitirán mas que decirle, como en otro tiempo á Moisés: «Dejadme, ó padre mio, dejadme hacer justicia con el pecador.» Pero José no se rendirá, y solo dejará libres las manos del Juez para absolver. Aunque á decir verdad,

Jesús solo atiende á que José usa de su autoridad; un solo ruego suyo, dice Gerson, tiene para Jesús toda la fuerza de un precepto. ¡Qué felicidad, pues, para un pobre moribundo encontrar un abogado tan elocuente en el padre mismo de su Juez, un defensor tan poderoso en una causa cuyo resultado infalible es la posesion ó la privacion de una eterna felicidad!

Es tambien una grande ventaja para el moribundo tener á su favor un Santo cuyo solo nombre hace temblar á los infiernos. Entre las alabanzas que le da la Iglesia se encuentra el título de «Vencedor del infierno;» título glorioso que mereció desde que, para sustraer al divino Niño á la muerte que le preparaba el cruel Herodes, le trasladó al Egipto; porque siendo Herodes la figura y el instrumento del dragon infernal, perseguidor de Jesús y de todas las almas redimidas, venciendo san José á este Príncipe, tambien venció al demonio: y esta primera victoria le conduce á conquistar otra todavía mas brillante. Orígenes observa que en la órden que el Ángel dió á san José para que fuese á Egipto se encuentra comprendido el

poder de ahuyentar á todos los demonios, que habian como fijado el centro de su imperio en esa tierra infiel. Y en efecto, al instante que el santo Patriarca entró en Egipto con el niño Jesús y la Virgen su Madre, fueron derribados los ídolos, los oráculos enmudecieron, el padre de la mentira se encontró encadenado, y los espectros infernales huyeron al primer aspecto del Sol divino de justicia, aunque naciente apenas, y oculto todavía bajo el velo de la humanidad, segun lo habia anunciado el profeta Isaías (c. XIX). Verdad es que estas victorias pertenecian á Dios niño; pero para obtenerlas quiso servirse del brazo de san José, como jefe de la familia, guia del viaje, y salvador del Salvador del hombre. Por lo mismo, desde este momento el demonio aterrado comenzó á temer el nombre de José. ¿ Con cuánta mas razon le temerá hoy dia, que ha visto resplandecer con tanto brillo su mérito, su santidad, su dignidad y su poder? José es uno de los primeros potentados del cielo, donde ocupa el rango que corresponde al padre del Rey y al esposo de la Reina. Lucifer lo sabe, y por eso se aproxima con temor al lecho

de un agonizante que en su vida fue devoto siervo de José. Tampoco ignora que el Salvador divino, para recompensar á este gran Santo que le libertó de la cuchilla de Herodes y de la muerte temporal, le ha concedido el muy especial privilegio de que sustraiga de la cuchilla de los demonios y de la muerte eterna á los agonizantes que se pongan bajo su proteccion. ¿Y san José dejará ocioso un privilegio tan bello? Desde luego digo que no; muy pronto citarémos algunos ejemplos de lo que sabe hacer por sus devotos. Tales son esos rasgos señalados de proteccion que diariamente determinan á una multitud de cristianos á recurrir á él para encontrar bajo sus alas un escudo impenetrable á los dardos del demonio en esos momentos críticos en que duplica su furor á vista de una presa que va á escapársele.

Una alma cristiana desea no solamente un protector que pueda sostenerla en sus últimos combates, sino tambien un amigo que sepa consolarla, fortificarla, y endulzarla las agonías de la muerte. ¿Y quién sabrá llenar mejor un tan útil y tan dulce ministerio que aquel mismo que á su muerte recibió los mas

poderosos socorros y los mas dulces consuelos que pueden concebirse? Á Vos solo, ó José, á Vos solo estaba reservada la felicidad de ver en torno de vuestro lecho fúnebre, de un lado á Jesús, y del otro á María. En efecto, los dos, reconocidos á los servicios que san José les habia prestado durante tantos años y con tanto celo como afecto, á su vez se los retribuyeron á porfía en el tiempo de su última enfermedad: le servian con sus propias manos, y con una caridad digna del Hombre-Dios y de la Madre de un Dios-Hombre. En fin, suplian los recursos que no les permitia prestarle su pobreza, con cuidados duplicados y con prendas de una ternura que llenaba de admiracion á toda la corte celestial. Se asegura que en los dias inmediatos que precedieron á la muerte de san José millares de Ángeles descendian del cielo para consolarle y regocijarle con sus conciertos. Lo cual es muy probable; porque si Dios, segun lo atestiguan relaciones auténticas, se ha dignado conceder estas consolaciones celestiales á un gran número de siervos suyos, ¿cómo habia de rehusarlas á su siervo mas fiel, al guardian y padre adoptivo de su Ver-

bo encarnado? Se dice que en la muerte de la venerable Isabel, religiosa carmelita, se vieron cuatro Ángeles, que colocados en los ángulos de su lecho cantaban para consolar á la enferma, acompañándose con sus arpas, y repetían estas palabras de Isaías: «Decid «al justo que su felicidad está asegurada.» Y ¿quién jamás ha merecido como el santo José escuchar ese cántico bello? ¿No recibió de boca del Espíritu Santo el título de *Justo*? «Pasemos, pues, le habrán dicho los Ángeles, pasemos, ó José, á otra vida; nadie como Vos tiene derecho de morir la muerte «de los justos. Sí, vuestra muerte será la del «justo, porque Vos rendís el espíritu en los «brazos del que es la justicia y la santidad, «y sobre el seno del que es la vida. Id, pues, «noble príncipe de los Patriarcas, id á llevar- «les la nueva de su cercana redención. Nos- «otros, entre tanto, vamos á tejer una coro- «na de azucenas al Esposo vírgen; una co- «rona de rosas al primer miembro de la Igle- «sia naciente que ha sido perseguido; una «corona de brillantes estrellas al Padre adop- «tivo del Salvador; á aquel que á todos nos «excede tanto en virtudes como en digni-

«dad; vamos á prepararle un trono muy «cercano al que ocupará su esposa, la santa «Virgen madre. Bienaventurado José, mas «grande en el cielo que lo fue en la corte de «Faraon el antiguo Patriarca, Vos seréis el «primer ministro del Altísimo, el dispensa- «dor de sus tesoros, el protector de la Igle- «sia, y el abogado y el patron de todos los «cristianos.»

Y si los conciertos angélicos fueron tan dulces para san José en su última hora, ¿qué diremos de las palabras mil y mil veces más dulces todavía que Jesús le dirigió entonces? San Bernardino de Sena, considerando el feliz tránsito de san José, asistido por todo lo que hay de mas grande en el cielo, esto es, por Jesús y María, no sabe cómo explicar los consuelos, las dulzuras, las luces, los místicos desfallecimientos y las llamas de amor que agitaban deliciosamente á esa alma bendita entre todas las almas. Jesús, que en su infancia había recibido tantos ósculos, tantas caricias de ese padre tan puro y tan tierno, ¿no las habrá correspondido con toda la vivacidad del amor filial en esa hora tan á propósito para los testimonios de compasion y

ho encarnado? Se dice que en la muerte de

de ternura que un buen hijo prodiga entonces á su padre querido? No cabe duda; Jesús en ese momento habrá pagado todas las fatigas de san José con torrentes de interior alegría, todas sus lágrimas con otros tantos consuelos celestiales, todas sus angustias con prendas seguras de confianza y de paz. Con la una mano le sostenia su lánguida cabeza, y estrechando con la otra ese mismo corazón en que tantas veces habia reposado durante su infancia, le heria al mismo tiempo con saetas de su amor. Por otro lado, María daba humildemente gracias á su Esposo por la santa compañía que le habia hecho, y por los cuidados afectuosos que le habia prodigado; y esas palabras de María eran para el moribundo otras tantas flechas de amor que acababan de consumirle. Por eso algunos autores aseguran que solo el amor fue quien hizo espirar á san José. Como quiera que sea, la Iglesia compara su muerte ora á un apacible sueño, semejante al del niño que duerme dulcemente en el seno de su madre; ora á una llama aromática que se consume á medida que arde, y que muere exhalando el suave olor que penetra su sustancia. Es de

hasta el fin de nuestros días: que

envidiarse la muerte de los Santos, porque todos mueren en el ósculo del Señor; pero ese ósculo no es real, es solo un dulce y precioso sentimiento de amor. Solo José muere verdaderamente en el ósculo del Señor, puesto que espira en la presencia de Jesús. Y si, como debe creerse, conservó el conocimiento y el uso de la palabra hasta el último suspiro, que no podia ser sino un suspiro ó un ímpetu de amor, ¿no coronaria una tan santa vida repitiendo los sagrados nombres de Jesús y María? ¡Oh muerto bienaventurado! si yo no puedo espirar como Vos entre Jesús y María, ¡puedan al menos mis moribundos labios unir el nombre de José á los nombres de Jesús y María!

El afecto del Hijo y de la Madre por José no se extinguió con su muerte. Los dos le cerraron los ojos suspirando; los dos le pagaron el tributo de sus preciosas lágrimas, pues no se ha de creer que fuera indigno de Jesús derramarlas en esta ocasion. Su afecto á san José ¿no era mucho mas tierno y vivo que el que despues profesó á Lázaro su amigo? Y si los gemidos y lágrimas que derramó por Lázaro admiraron á los circunstan-

ho encarnado? Se dice que en la muerte de

tes, y les hicieron decir: «Mirad cuánto le «amaba,» ¿no era mas conveniente todavía que tributase ese piadoso y lúgubre oficio á un difunto que no era solamente su amigo, sino tambien su custodio, su nutricio y su padre, y que fuese de manera que las personas que visitasen el cadáver de san José pudiesen decir de Jesús: *Ecce quomodo diligebat eum*: «Mirad cómo le amaba?» Así lo ha creído el piadoso contemplativo Juan Eckio. Gerson añade que Jesús personalmente lavó el cuerpo virginal de José, que le cruzó las manos sobre el pecho, que despues le bendijo para preservarle de la corrupcion del sepulcro, y encargó á los Ángeles que le guardasen hasta el momento en que fue depositado en el sepulcro de sus padres entre la montaña de Sion y la de los Olivos. La opinion comun es que murió á los sesenta años de su edad, y antes de la época en que Nuestro Señor salió de Nazaret para ir á recibir el bautismo del santo Preeursor.

Por todo esto que hemos dicho se ve cuán justo y razonable sea que todos los cristianos eligiesen á san José por su protector para el momento crítico é inevitable de la

hasta el fin de nuestros dias: que

muerte. Padre de nuestro Juez, ¿le faltará autoridad para aplacarle y traerle á la clemencia? Vencedor de los demonios, ¿no sabrá ahuyentarlos, con su presencia, del lecho de la muerte? Y favorecido él mismo con la muerte mas dulce y mas feliz que haya habido, ¿no vendrá con su Esposa santísima para ayudar á bien morir á los cristianos que durante su vida le hayan invocado, y se hayan declarado sus devotos siervos? Pues si todos debemos morir, luego tambien todos debemos desear, mientras que aun sea tiempo, obtener la proteccion de san José como patron de la buena muerte. Á esto nos exhorta la Iglesia en el himno en que celebra su feliz tránsito á una mejor vida. Yo, hijo dócil de esa santa Madre, me conformo con alegría con sus intenciones; desde ahora invoco para la hora de mi muerte á mi agosto protector, y le dirijo esta humilde oracion: Bienaventurado José, con mucha razon, y de preferencia á otros Santos, sois honrado como patrono de los agonizantes, y especial protector de todos los que quieren tener una buena muerte. La vuestra ha sido tan dulce, tan preciosa y tan bella, que

he encarnado? Se dice que en la muerte de

es envidiable para cuantos justos hay sobre la tierra. Continuamente habeis tenido á vuestra cabecera á Jesús y María, muy empeñados en corresponderos los servicios que les prodigásteis durante vuestra vida. Á su vez os presentaban las medicinas y los alivios compatibles con su pobreza. Jesús os confortaba con las palabras de la vida eterna; mientras que María consolaba vuestro espíritu con los cuidados y las atenciones que podía sugerirle la ternura mas viva. ¡Cuántas veces Jesús sostenia con sus manos vuestra cabeza lánguida! ¡Cuántas veces María enjugaba el sudor que bañaba vuestra frente descolorida y pálida! ¡Ah! ¿podrías Vos dejar de morir de amor, viéndoos en vuestra agonía sostenido por un Dios, y consolado por la Madre de ese mismo Dios? El santo anciano Simeon murió en paz y lleno de alegría por haber visto á Jesús algunos momentos. Y Vos, ó José bienaventurado, que durante tantos años le habeis tenido siempre á la vista, que mil y mil veces le habeis hecho las caricias de un buen padre, y recibido de él las caricias de un hijo tierno; Vos, á quien él se hizo un deber de

obedecer hasta el fin de vuestros dias; que debíais esperar rendir el último suspiro, recibiendo tambien el ósculo último de Jesús; en fin, Vos que sabíais que las manos de María cerrarian vuestros ojos, ¡con cuánta mas justicia que Simeon pudísteis cantar antes de espirar este cántico de alegría y de amor: Ahora, pues, ó Jesús, Hijo mio y Dios mio, dejad ir en paz á vuestro siervo, á vuestro nutricio y vuestro padre! Pues bien, Patriarca santo, ya que vuestra muerte ha sido tan dulce, tan gloriosa y preciosa á los ojos de Dios, desde ahora imploro vuestra proteccion para la hora de mi muerte: alcanzadme, os ruego, que en ese momento tan espantoso para el pecador deteste yo sinceramente todos los pecados de mi vida; que espere firmemente en la misericordia infinita de ese Dios Salvador que por mi salud nació en un pesebre, y murió en una cruz; y, en fin, que ponga toda mi confianza en María y en Vos.

Lo que yo quisiera deciros al morir os lo digo y lo repito hoy con todo el afecto de mi corazon:

¡Oh Jesús, oh José, oh María!
Defendedme, os suplico, durante mi agonía.